

Del homenaje peruano a José Carlos Mariátegui

=De Variedades. Lima.=

La muerte de José Carlos Mariátegui renueva en mi espíritu el mismo dolor de la desaparición de Pedro Zulen. Tras la inquietud estética de mi generación, culminada en Valdelomar y en Eguren, que aunque venía del pasado tan fuertemente se adentró en ella, Mariátegui y Zulen, con una sólida cultura europea, representaron el esfuerzo de adaptarla a nuestros problemas vitales. Esa labor que soñara Zulen la realizó Mariátegui con el atisbo clarovidente de su talento. Y como ayer en la lenta agonía de Zulen, el destino ha querido que estuviera hoy cerca de Mariátegui y que otra vez asistiera al milagro de la fe en un mejor destino humano que alentó hasta la última vibración de sus cerebros donde el dolor olvidó su propia angustia para hacerse ofrenda generosa.

Enrique Bustamante y Ballivián

Creo que fué la inteligencia el más alto quilate de la personalidad y de la obra de Mariátegui. No habría hipérbole al afirmar que fué el más vigilante y despierto espíritu,—en cosas del espíritu, se entiendo,—de su generación y del Perú actual. Asombra la lucidez pertinaz de su inteligencia, capaz de sobrepasar en la iniciación, las desventajas de la pobreza y las dificultades de la cultura y de vencer más tarde al dolor y la enfermedad sobreponiéndose a la angustia rodante de lo fatal. Mariátegui fué en ese sentido un héroe de la inteligencia.

Pero aparte de esta heroica categoría universal tuvo, para nosotros, las más altas cualidades de la inteligencia vernácula. A pesar de su moldeamiento europeo, Mariátegui conservó intactas todas las raíces de su espíritu. Su inteligencia fué siempre esencial y típicamente costeña. Tuvo las más características cualidades del criollo de la costa: precocidad, agudeza, agilidad mental, culto instintivo de la forma y elegancia artística. La precocidad le hizo gacetillero festejado cuando era casi un niño y le condujo con prodigiosa autodidaxia, a ser apóstol y conductor de multitudes en el umbral de los treinta años. La agudeza, gaje de auténtico criollismo, es la nota más insistente de su producción saturada de humor sonriente, de travesura ingénita y de una maliciosa inclinación al adjetivo desconcertante e incisivo. Su misma actitud demoledora era de criollo desavenido y galaizante que, de vuelta de Europa, rompe al mismo tiempo con la tradición y con el idioma. Su insurgencia era no solamente individual, sino hondo mandato étnico en el que revivían antiguas virtudes cívicas de combate. Su oposicionismo fué siempre desde las *Voces* de *El Tiempo* hasta sus *sketchs* últimos de políticos centristas europeos, de pura cepa criolla, juguetón y caústico, parcializado a sabiendas, con cierta tiránica disposición a excluir los credos ajenos y a posesionarse dogmáticamente de la verdad como de una sinecura política que había que



Mariátegui yacente

(Apunte de Aristides Vallejo)

dejar exhausta. Su instinto le llevaba en ese sentido no sólo a la dictadura del proletariado sino a la dictadura de la inteligencia. Era un motinista antiguo que había leído a Marx, un opositor que había cambiado el parlamento por los gremios y la consigna del partido por el ejemplo de Moscú.

Su ideología y la propia conciencia severa de su apostolado le habían apartado del ajetreo político, pero tomaba el desquite en el campo de las letras promoviendo motines de vanguardia y acaudillando humorísticamente cuarteles literarios.

Su análisis del Perú revela amor y pasión, con predominio de ésta y olvido de la historia, pero con una recia fuerza impulsiva de renovación. Su puesto está por eso al lado de los grandes constructores de descontento, principalmente junto a González Prada. Su obra cauterizadora fué, sin duda, menos rotunda y armoniosa, menos cuidadosa del pliegue de la túnica que la del Maestro. Usó el bisturí satírico, sin el anestésico de las metáforas, pero tuvo en cambio mayor agilidad, cierta moderna destreza periodística, que hizo su obra más eficaz y más próxima a la masa, o con palabra suya, más beligerante que la prédica radical. Su verbo, a diferencia de el del Maestro, no fué simplemente tribunicio y arengatorio, sino esencialmente dialéctico y polemístico.

Por todas esas condiciones Mariátegui será con Haya de la Torre,— aparte disidencias sectarias,— uno de los máximos representantes de la inquietud de las generaciones nuevas del Perú. Su pro-

grama revolucionario tendrá todos los defectos propios de la utopía, pero hay que reconocer que puso en servicio de él, no sólo la brillantez excepcional de su inteligencia, sino cualidades morales inusitadas en nuestro medio: fé y constancia, que son aureola de apostolado.

Raúl Porras Barrenechea

Mi regreso y José Carlos

A Waldo Frank

Siento al trazar estas líneas que cumpla un deber ineludible y previo: rendir mi homenaje a José Carlos Mariátegui. Me ha recibido, al regresar de Chile, la tremenda noticia de su muerte. Cuando volvía a decirle que en Santiago se le esperaba; cuando había anunciado al público chileno que, dentro de pocas semanas, escucharía el verbo de un apóstol auténtico; cuando esperaba ver confirmados los felices augurios de nuestra despedida hace cuatro semanas, no le encuentro. Nada más que el tumulto admirativo, pero por hoy no bastante, tras de su recuerdo impoluto. Nada más.

No he querido esperar el día de salida de mi periódico, para cumplir este deber, porque me parecería traicionarlo y traicionarme. Ni quiero que se pongan en orden mis ideas, ni que la retórica se insinúe para escribir. La muerte de Mariátegui es un hecho tan doloroso, tan significativo, tan trascendental, que ante ella no cabe dilación alguna. Cuantos tenemos el oficio de escribir, y antes de escribir, de pensar, y pensar con juventud, no podemos callar nuestro tributo admirativo y nuestra consternación. Mariátegui representa el porvenir, representa — no en pretérito sino en presente—el nuevo Perú, representa todo cuanto hay de fuerte, de puro, de señero y heroico en estos años de terco materialismo y de porfiado escepticismo. Como pocos, tal vez, como ninguno—excepto Prada y Vigil—fué un escritor con fe, con una fe. «Con una filiación y una fe», como insistentemente remarcará cuando polemizamos hace tiempo. Filiación y fe, que dan a todo lo suyo el carácter sólido y duradero de lo que se ha sentido, de lo que se ha elaborado con la vida entera.

Le acompañaron al cementerio, los obreros, los estudiantes, los escritores. Debieron ser todos. No debió faltar uno solo. Porque Mariátegui es un símbolo. Es triste que muera un hombre joven; y más aún cuando ese hombre joven tiene ideas e ideales. Pero, si además, de ideales, tiene la pureza, tiene el heroísmo, tiene la valentía de afrontarlo todo, y de vencerlo todo—porque Mariátegui fué un vencedor—pese a su enfermedad y a la campaña en contra—no hay palabra para lamentar la ausencia irremediable de quien, sin embargo, nos deja su espíritu vibrando, quizás con mayor fuerza, al lado nuestro, aunque perdida la eficacia de la formidable estrategia y el realismo vigilante, que, dentro de su filiación y su fe, le hizo vislumbrar en todos los campos, cuanto

CONTEMPORANEOS

Revista Mexicana de Cultura

EDITORES:

Bernardo J. Gastélum, Jaime Torres Bodet,
B. Ortiz de Montellano, Enrique González Rojo
Aparece mensualmente

Un número..... Dls. 0.50
Suscripción a 6 Nos..... 2.50

Apartado Postal 1811.

MEXICO, D. F.